



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Del texto: 2021, Jordi Sierra i Fabra

© De las ilustraciones: 2021, Javier Olivares

© De esta edición:

2021, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-403-7

Depósito legal: M-21859-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2021

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **Querido hijo: vas a tener un hermano**

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Javier Olivares

loqueleg



## Cuando una madre se pone a cantar...

Eran más o menos las siete y media de la tarde, Fernando estaba en su habitación estudiando (más o menos), y, al escuchar el ruido de la puerta del piso abriéndose, fingió concentrarse más en el libro.

5

Lo primero que hacía su madre siempre al llegar a casa del trabajo era decirle «hola» y darle un beso.

Su madre era muy besucona.

Entonces fue cuando Fernando la oyó canturrear.

Abrió los ojos.

Levantó la cabeza del libro.

¿Su madre... canturreaba?

Por lo general llegaba a casa cansada del trabajo, y, muchas veces, echando pestes de algún

encargo de última hora, o de la pesada de su compañera, o del jefe, que cuando se le cruzaban los cables la emprendía a gritos con todo el mundo.

Pero esta vez... su madre llegaba canturreando.

¡Sopla!

6 Fernando siguió a lo suyo, hasta que ella apareció por la puerta de la habitación.

—¡Hola, cariño!

Y, ¡plaf!, le plantó el consabido beso de buenas tardes.

Solo que, esta vez, tan fuerte que casi le atravesó.

Bueno, de hecho, le succionó la mejilla.

Otro detalle. Una cosa era decir «Hola, cariño», y otra muy distinta, «¡Hola, cariño!». Los signos de admiración decían mucho del énfasis puesto en la exclamación de las dos palabras.

O sea, así, resumiendo: su madre estaba contenta.

Más que contenta: feliz, risueña, alegre..., como si flotara.

Fernando estuvo a punto de preguntarle si le habían subido el sueldo o algo parecido.

Prefirió callar.

Los padres, a veces, eran un misterio.

O te gritaban por nada o se ponían de un espléndido...

—¿Todo bien? —le preguntó ella.

—Sí, mamá. Todo bien.

—¿La escuela...?

Se la quedó mirando como se mira a alguien que te hace la más tonta de las preguntas.

—Mamá, la escuela, como siempre, o sea, como ayer, como mañana. Es la escuela.

—Bueno, hombre, pero a lo mejor... No sé, ¡igual has tenido un examen de Matemáticas y te han puesto un diez!

Fernando se la quedó mirando aún más alucinado.

¿Se habría tomado algo antes de llegar a casa, una cerveza, un whisky...?

¿Hablaba en serio?

¿Un diez en Matemáticas... ÉL?

Decididamente, a su madre le pasaba algo.

—Pues... no —proclamó inseguro.

—Vale, pues nada. Voy a ver qué hago para cenar. ¡Hasta ahora!

Salió de la habitación, echó a andar por el pasillo... ¡y siguió canturreando!

8 Durante la siguiente media hora, hasta la llegada de su padre, no pasó nada relevante. Por lo menos su padre no llegó canturreando. Llegó como siempre, abrió la puerta y gritó desde el recibidor:

—¡Hola, familia!

En otras circunstancias, él se levantaba, salía al pasillo y le daba un beso de bienvenida. En otras circunstancias, su madre le respondía desde la cocina y le reclamaba ayuda para la cena, que hacían a medias cumpliendo los nuevos cánones de paridad hombre-mujer. Pero estaba claro que no eran las mismas circunstancias de cada día. Antes de que Fernando llegara a medio pasillo, su madre ya se había echado en brazos de su padre para darle un

soberano beso en la boca, saltando como una colegiala.

¡Lo que había que ver!

—¿Y eso? —preguntó también sorprendido el recién llegado.

—¡Ah! —dijo ella con misterio.

Allí pasaba algo.

Vaya que si pasaba algo.

9

Fernando siguió optando por callar. Si preguntaba a qué venía tanta alegría, su madre igual le respondía con alguna peculiaridad como «¿Es que no estoy siempre alegre yo?» o «¿Qué pasa, es que me ves siempre seria o qué?».

Lo dicho: los mayores eran un mundo cerrado y hermético.

Mejor no meterse en líos.

La cena transcurrió feliz. Más que feliz. Su madre preparó una de sus ensaladas especiales y su padre hizo una tortilla de patatas de primera. La charla fue distendida, igualmente alegre. Nada de hablar de trabajo, ni de lo que pasaba en el mundo, que siempre era

terrible. Bromas, ja, ja, ja, je, je, je y un comportamiento de lo más peculiar por parte de ella. Parecía haber vuelto a los quince años. Bueno, Fernando no sabía cómo era su madre a los quince años, pero bastaba con ver a más de una pava por el cole. Los ojos le brillaban y bromeaba sin parar con su padre, haciéndose la misteriosa. Hasta él no tuvo más remedio que admitir:

—Eloísa, te veo rara.

—¿Yo? —exageró la vocal.

Y le guiñó un ojo.

Eso animó mucho a su padre. Tanto que le preguntó:

—¿Quieres que nos acostemos temprano hoy?  
Vaya si se acostaron temprano.

¡Si es que ni vieron ninguna de sus series favoritas!

Con la mosca detrás de la oreja, Fernando hizo ver que también se acostaba y dormía. Pero, a la que pudo, saltó de la cama y entreabrió la puerta de la habitación. La de sus padres que-

daba un par de metros a la izquierda. Agudizó el oído al máximo y llegó justo a tiempo de escuchar cómo él decía... o más bien gritaba:

—¿QUÉ?

Luego, su madre:

—¡Chst, baja la voz, que te oirá Fernando!

No le hizo caso.

—¿Estás SEGURA?

11

—¡Que sí, segura, me lo ha confirmado esta misma tarde el médico!

La palabra «médico» nunca auguraba nada bueno, pero en este caso parecía ser un motivo de alegría.

Fernando casi dejó de respirar.

—Pe-pe-pero... —tartamudeó su padre.

—¿No estás CONTENTO? —preguntó ella.

—S-s-sí... Es que... ¡Qué fuerte!

—¿A que sí?

—¡Ay, Eloísa!

—¡Ay, Ramón!

Debieron de darse un beso o algo así, porque dejaron de hablar unos segundos.



—Increíble...

—Mi Supermán...

Otro silencio, y este más largo. Tanto que Fernando inició la retirada. Eso de que su madre llamara Supermán a su padre...

Lo último que escuchó, eso sí, le puso los pelos de punta.

—¿Se lo diremos mañana a Fernando?

13

—Claro.

—Bueno.

—Será... la repera.

La repera.

Fernando regresó a su cama, se metió en ella, mantuvo los ojos abiertos como platos un buen rato, dándole vueltas a la cabeza.

¿QUÉ tenían que decirle?

¿QUÉ era la repera?

No supo cómo pudo dormirse, pero lo hizo.

## El notición

14 Lo que tuvieran que decirle no llegó a la hora del desayuno.

A esa hora todo eran prisas, cada cual para ir a lo suyo. Ellos a sus trabajos y él a la escuela.

Tampoco llegó a la hora de comer, porque cada cual comía en un lugar distinto y él en el comedor escolar.

Así que, fuera lo que fuera, sería a la hora de la cena.

Pero ¿por qué su madre le había dado primero la noticia a su padre?

¡Era el último mono!

Fernando llegó a casa bastante fastidiado. A ver, divorciarse, no se iban a divorciar, porque eso no era motivo de alegría ni de canturreos

maternos ni de alucinadas preguntas paternas. Pero entonces... ¿de qué iba la cosa?

¿Qué era la repera?

¿Y por qué ella le llamaba Supermán a él?

Las horas pasaron despacio. Los minutos también. Llegó a casa el primero, como siempre, con menos ganas de hacer los deberes que de irse a pie a Tegucigalpa, y eso que no sabía dónde estaba Tegucigalpa. Había leído el nombre en un libro y le había hecho gracia. Tenía que mirarlo en internet. Su madre llegó puntual, sin canturrear, y cumplió el ritual del beso. Luego apareció su padre, no menos puntual.

Y entonces...

—Fernando, ven.

Fue.

Estaban en la sala, sentados en dos de las sillas del comedor, no en las butacas. Quedaba una tercera silla justo en medio de los dos. Parecían los jueces de un tribunal. Pero sonreían. Eso era bueno. Cuando le echaban la bronca

por algo, de sonreír nada. Entonces tenían caras como palos.

—Siéntate —dijo ella.

—Hemos de contarte algo —dijo él.

Eso estaba clarísimo.

Fernando se sentó.

Se ahorró incluso el «¿Qué pasa?».

16 Empezó Eloísa, su madre.

—¿Recuerdas lo que más querías hace cuatro o cinco años?

¿Cuatro o cinco años?

¡Jo, pero si tenía diez! ¡Eso era media vida! ¿Cómo iba a acordarse de lo que quería media vida antes?

—Pues... no —fue explícito.

—¿No recuerdas que querías un hermano para jugar? —le tocó el turno a Ramón, su padre.

¿Un hermano?

Sí, cierto. Por lo menos entonces. Todos sus amigos tenían hermanos. Él era el único que...

—Sí —dijo con un hilo de voz.

De pronto, empezaba a temerse lo peor.

Lo peor de lo peor.

Se lo soltaron al unísono, los dos, como si le anunciaran que les había tocado la lotería.

—¡Pues vas a tener un hermano!

Fernando ni se movió.

Quieto.

Acababan de ponerle el palo de una escoba por salva sea la parte.

—¿No te alegras? —exclamó su madre ante aquel sospechoso silencio.

—¿No es fantástico? —lo acabó de adobar su padre.

—Bueno... Yo lo quería entonces —se atrevió a decir.

—¡Pues lo tendrás ahora! —apretó los puños ella a causa de la emoción.

—¿No es GENIAL? —abrió los brazos él.

¿Genial?

¿Estaban... de guasa?

Fernando echó cuentas a toda mecha. Tenía diez años. Para cuando pudiera jugar con él ya habrían pasado tres o cuatro años, porque

antes no iba a saber ni darle a la pelota o usar un videojuego. O sea, que entonces tendría trece o catorce años. ¿Y quién quiere jugar con un renacuajo a los trece o catorce años?

Miró a su madre aprensivamente.

—¿Va en serio? —balbuceó como pudo.

—¡Claro que va en serio!

18

Miró a su padre lleno de dudas.

—¿No sois un poco viejos para ser padres?

¡Uao! Como si les acabase de soltar un puñetazo en el estómago. Se quedaron los dos sin aliento.

—¡Fernando! —exclamó ella.

—Yo tengo cuarenta años, y mamá treinta y siete —dijo él—. No sé de dónde sacas eso de... ser viejos.

—El padre de mi amigo Luis se murió a los cuarenta y uno.

—¡Yo no voy a morirme a los cuarenta y uno! —se puso blanco.

—¡Y yo no soy vieja! ¡Mi amiga María tuvo a su hijo a los cuarenta y tres!

Se hizo un silencio ominoso.

De los que se podían cortar con un cuchillo.

Fernando comprendió que la cosa ya estaba hecha, que no había vuelta atrás. Si su madre estaba embarazada..., estaba embarazada. No hacía falta ser muy listo para sumar dos y dos. Todavía no entendía muy bien eso de los niños, cómo se hacían, por dónde salían... Pero, bueno, al menos sabía lo elemental: que después de nueve meses de superbarriga hinchada salía la cosa.

La cosa.

Nunca mejor dicho.

—¿No... te alegras? —se puso triste ella.

¿Qué iba a decirles? ¿Que no?

—¿Vosotros estáis contentos? —quiso saber.

—¡Mucho! —gritó Eloísa.

—¡Pues claro! —gritó Ramón—. ¡No lo esperábamos ya, pero... mira tú por dónde...!

O sea, que los niños venían cuando les daba la gana.

A él «habían ido a buscarle», o eso le decían siempre.

Pero el futuro renacuajo... se presentaba cuando le salía de las narices.

—Está bien —asintió con la cabeza—. Me ha pillado un poco... así, de sopetón, pero está bien. Tampoco es algo que se pille así como así, a la primera.

20 —En eso tienes razón, ¿ves? —le revolvió el pelo su madre.

—¡Será divertido! —le guiñó un ojo su padre.

Lo de divertido sí era cuestionable. Su amigo Leandro no paraba de decirle que, desde que habían tenido al peque, la casa era un infierno, y sus padres se habían vuelto locos.

Tendría que hablar con él.

Prepararse.

—¿Eso es todo? —suspiró dando por terminada la charla de «la sorpresa».

—Sí, sí —dijo él.

—Cenamos en diez minutos —dijo ella.

Punto.

—Vale —se levantó Fernando.

Se marchó a su habitación.

Antes de cerrar la puerta aún los pudo oír cuchichear:

—¿Tú crees que...?

—Déjale que lo asimile, mujer.

—Es que a lo peor...

—A todos les pasa lo mismo al comienzo.

Pero luego...

—Ya, bueno.

—Tranquila.

—Sí, seguro que es el que va a estar más contento.

—¡Fijo!

Fernando cerró la puerta despacio.

Su vida, y eso que el enano aún no había aterrizado en casa, acababa de dar un giro de ciento ochenta grados.